

Leadership Conference of Women Religious
2024 Annual Assembly – Orlando, Florida
Maricarmen Bracamontes, OSB

INCLUSIÓN RADICAL Y HOSPITALIDAD CRISTIANA

*La humanidad toda igual en dignidad
en la maravillosa diversidad
que la caracteriza y enriquece se hace una
con el esplendor de todo lo creado
manifestando
la verdad, bondad y belleza divinas.*

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Desde que recibí la invitación, que agradezco y me honra, de estar aquí entre ustedes, algo latió en mi corazón y encontró eco en mi mente.

Ese latido y su eco, creo que podría reflejar algo de los muchos murmullos que el Espíritu, la *Ruah* Divina, que recrea todo cuanto existe, está susurrando en estos tiempos de transición hacia un cambio cultural. Discernir esos suaves arrullos divinos, nos irá despejando el horizonte de lo que, aquí y ahora, se nos ofrece como un don divino.

Entre esos suaves susurros (*el murmullo o susurro, es la voz con memoria*) que la *Ruah* Divina está esparciendo por todo el mundo, parece percibirse un impulso hacia recobrar el sentido de la *Hospitalidad Cristiana* en la *Inclusión Radical* de toda una humanidad fascinantemente diversa, en un cosmos asombrosamente generoso. Tanto Christoph Theobald como Erin Brigham¹ en su reflexión teológica y ministerial nos acercan a esto.

Desde tales reflexiones y testimonios, estoy profundizando mi comprensión de la hospitalidad en el Cristianismo como una experiencia místico-profética. La veo manifestándose como un proceso relacional que, gradualmente, va revelando la igual dignidad en la que ha sido creada la humanidad toda, a la vez que abraza la creación entera manifestando la verdad, bondad y belleza divinas.

El adentrarse en este proceso, no está exento de desafíos y resistencias. Progresivamente el otro, la otra, se irá revelando como nuestra propia carne. Es la actualización de la profecía de Isaías: *el otro, la otra, yo misma* (cf. Is 58,7).

La experiencia intencional de la inclusión radical como hospitalidad cristiana resulta una especie de antídoto que ayuda a contrarrestar todo aquello que aleja, que separa, que divide. Se expresa en un estilo de vida de relaciones alternativas que desaceleran la creciente polarización que amenaza desviarnos de lo que somos y estamos llamadas/os a ser en plenitud. Dicho estilo nos orienta hacia la conciencia existencial de ser imágenes y semejanza de una Divinidad Trina, radicalmente incluyente, radicalmente una.

¹ Véase, Christoph Theobald, *El Estilo de la Vida Cristiana*, Ediciones Sígueme en 2016; Erin Brigham, *Church as Field Hospital: Toward an Ecclesiology of Sanctuary*, Liturgical Press Academic, Collegeville, Minnesota, 2022

Así pues, me parece que la hospitalidad cristiana, es una expresión de la íntima relación que existe entre mística y profecía. *No existe experiencia profética sin su fundamento místico; ni mística auténtica sin profecía verdadera.*²

Gracias a la invitación para compartir con ustedes, he estado reflexionado sobre esta temática. Lo que he experimentado desde algunas fuentes que he consultado, es una convicción cada vez más profunda de que la inclusión radical es una opción clave que nos puede ofrecer esperanza en el hoy y aquí, en este *Tiempo Santo que nos pregunta quiénes seremos hoy.*

1. Iniciaré con una muy breve consideración sobre el contexto de grandes transformaciones en el que nos encontramos.
2. Seguiré con un acercamiento a la hospitalidad cristiana como potencial experiencia místico-profética y algunos rasgos de cómo la ejerció Jesús de Nazaret.
3. Concluiré señalando algunos esfuerzos encaminados hacia la encarnación de dicha experiencia.

I. EL CONTEXTO DE GRANDES TRANSFORMACIONES EN QUE NOS ENCONTRAMOS.

Estoy convencida de que algunos de los signos de los tiempos que se manifiestan en la Iglesia y en la sociedad, en el mundo entero, por más caóticos que parezcan, son un *Kairós* del Espíritu, de la *Ruah* Divina, que recrea todo cuanto existe.

Se entiende por *Kairós* un tiempo favorable, un momento oportuno en el que algo importante sucede. En teología se asocia con el tiempo de Dios. De acuerdo con esto, nos encontramos en una transición hacia algo nuevo que está ya transformando mucho de lo que antes consideramos inamovible.

Lo que acontece se ha venido gestando de tiempo atrás. Una nueva conciencia acaricia y nutre lo nuevo. Las transformaciones que estamos atestiguando tienen que ver, entre otros hechos, con la emergencia de las diversidades que estaban contenidas por una mentalidad que había naturalizado la discriminación, la exclusión, la desigualdad entre las personas.

Al mismo tiempo, durante milenios hemos considerado el mundo natural como nuestro, para usarlo y abusar de él. Hoy, los dramáticos efectos del cambio climático por fin están haciendo mella en personas que durante décadas han estado negando o minimizando las advertencias científicas de que la actividad humana está «empujando nuestros sistemas planetarios hacia una peligrosa inestabilidad.»³

Las voces proféticas y las acciones de las Religiosas han jugado un papel importante en hacernos conscientes de este *kairós* del Espíritu, de la *Ruah* Divina, que recrea todo lo que existe. Ellas, ustedes, han estado a la vanguardia de la educación, de la salud, del trabajo en los márgenes de la sociedad. Sus contribuciones a la promoción de la dignidad de las mujeres y las niñas son inestimables y han sido decisivas para el reconocimiento progresivo de nuestros derechos. Han trabajado incansablemente por la promoción de la justicia, la paz y el cuidado de la creación.

² Véase, José María Arnaiz, religioso marianista en: <https://www.ciudadredonda.org/articulo/necesitamos-profetas-hacer-de-nuestra-vida-una-profecia/>

³ <https://www.forbes.com/sites/davidrvetter/2023/10/24/we-are-afraid-scientists-issue-new-warning-as-world-enters-uncharted-climate-territory/>

Todo ello ha sido decisivo en el despertar de las conciencias, tanto ante los gemidos de la naturaleza como ante situaciones inhumanas como las guerras, el genocidio, el tráfico de seres humanos, la pena de muerte, los abusos del clericalismo, el racismo, el clasismo, el sexismo y todo tipo de discriminación, exclusión y resultados de la mentalidad de «usar y tirar» de nuestra sociedad.

Creo que, parafraseando un poema de Paul Celan, se podría afirmar que⁴,

Ante el mundo que se colapsa,
ellas, ustedes, lo sostienen en sus brazos

Sostener el mundo en nuestros brazos, brindarle hospitalidad, resulta una alternativa viable y amorosa ante ciertos hábitos del corazón muy individualistas, que no sólo pretenden mantener sino incrementar los mecanismos de exclusión y hasta destrucción de la diversidad humana y de la casa común.

Las comunidades religiosas femeninas son testimonio de que la polarización que se sustenta en la difusión del miedo, de la mentira, del odio, de la crueldad vertida sobre quienes se considera amenazan en su diferencia, puede transformarse y superarse. Nuestras palabras, actitudes y acciones pueden dar vida al proceso relacional e igualitario de la hospitalidad, y esto sería verdaderamente profético.

Al adentrarnos en la dinámica de la inclusión radical de la hospitalidad cristiana, de alguna manera sembramos las semillas de una realidad humana y cósmica con criterios diferentes. Entonces empezamos a ver con ojos nuevos las «cosas nuevas que están brotando» (cf. Is 43,18-19), los mundos alternativos donde el ecocidio, así como el racismo, el clasismo, el sexismo y otros «ismos» excluyentes quedan atrás como realidades del pasado que nunca debieron suceder.

Abordemos, ahora, algunos aspectos del proceso de la experiencia Místico-Profética de la Hospitalidad Cristiana como Inclusión Radical. Mi esperanza es que podamos reconocer y renovar el don de ser hijas e hijos de Dios al asumir la desafiante y gozosa tarea de construir la solidaridad por medio de la hermandad en Cristo.

II. LA HOSPITALIDAD CRISTIANA COMO POTENCIAL EXPERIENCIA MÍSTICO-PROFÉTICA

La Hospitalidad es un proceso en el que la acción de Dios renueva todo nuestro ser, humanizándonos por la acción del Espíritu, la *Ruah* Divina, con que hemos sido unguidas (cf. Ez 36, 26-27). Esto permite reconocernos en el otro, en la otra, en su diversidad: *la otra, yo misma* (cf. Is 58,7).

La hospitalidad cristiana como inclusión radical, es sede de encuentros que transforman y recrean la vida. En Génesis (18, 1-16) en el hermoso relato de Abraham, Sara y sus huéspedes en Mambré, se nos relata que la promesa es anunciada y realizada en un contexto de hospitalidad. Apocalipsis (3,20) nos revela la identidad de quien espera ser recibido y compartir la mesa, “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguna escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a ella y cenaré con ella y ella conmigo”.

⁴ Véase, <https://claraengel.tumblr.com/post/92645652720/vast-glowing-vault-paul-celan>

II.1 EL PROCESO HACIA LA INCLUSIÓN RADICAL DE LA HOSPITALIDAD QUE LA PALABRA MISMA REVELA

En cuanto al proceso transformador del encuentro⁵ que se produce en la experiencia de la hospitalidad, una mirada a la palabra «huésped», con la ayuda de sus raíces latina y griega, revela algo de su evolución.

La raíz griega de la palabra *huésped* es «*xenos*», extranjera/o, alguien que no es igual a mí, que no pertenece a mi grupo social, que viene de fuera y pide ser recibida/o. Alguien en necesidad que pide ayuda.

La palabra latina «*hospes*», huésped, tiene la misma raíz que la palabra «*hostis*», enemigo. Se dice que, para el mundo romano, la persona extranjera era alguien que vivía más allá de las fronteras del imperio; alguien que no era de los suyos y, por tanto, enemigo, alguien que amenazaba su integridad.

En algunos aspectos, esta última concepción sigue presente hoy en día. La encontramos en la convicción de que el extranjero, el emigrante, la persona de otro país, con otro color de piel, idioma, orientación sexual o religión, no es igual a nosotras/os, no es de las/os nuestras/os y, en cierto modo, no es plenamente humana.

Esta percepción no es del todo consciente, pero tiene repercusiones en la experiencia de la hospitalidad, tanto en quien la recibe como en quien la ofrece. Esta paradoja del término, huésped- extranjero-enemigo, podría indicarnos que la hospitalidad conlleva un clima de *riesgo* que exigiría un acto de *confianza mutua*. El otro, la otra, en su diversidad, desafía a que se crea en él, en ella y a arriesgarse a recibirle.

Una segunda observación lingüística nos ofrece otra dimensión de la hospitalidad. En francés, el término «*hôte*» designa tanto a la que es acogida (la «invitada» o huésped) como a la que la recibe (la «hospedera» o «anfitriona»). Esta ambigüedad del término podría indicar que en la experiencia de la hospitalidad existe la posibilidad de crear una *simetría* que llegue incluso a convertirse en *reciprocidad*. Así, se da el reconocerse como iguales en la diversidad de condiciones y situaciones de vida.

La *reciprocidad* conlleva *vulnerabilidad*. Vulnerabilidad compartida que hace posible que quien acoge, sea acogida/o y quien es acogida/o, acoja. Es la expresión de la gratuidad, el ofrecimiento de un don gratuito, que está en el corazón mismo de la hospitalidad cristiana.

Por último, otra característica de la hospitalidad es su *carácter provisional, temporal*. La huésped se marchará y seguirá su camino después de haber recibido y dado la gracia del reconocimiento mutuo en la verdad, la bondad y la belleza de una identidad sagrada recíproca. Una vez más, *la otra, el otro, yo mismo* (cf. Is 57,8).

RETOMEMOS

1. La hospitalidad implica un *riesgo* que exige un acto de *confianza* por ambas partes.

⁵ Véase, *Descripción fenomenológica de la experiencia de la hospitalidad* en: hospitalidad-santidad-pluralidad-estilos.pdf (uca.edu.ar) pp 4-8

2. Huésped y hospedera llegan a reconocerse con cierta *simetría* en su diversidad de situaciones y condiciones, descubriendo la potencialidad de una relación de *reciprocidad*.
3. El dinamismo de la relación anfitriona-huésped va de la mano del reconocimiento de la mutua *vulnerabilidad* haciendo posible que quien es acogida acoja y quien acoge sea acogida.
4. Es un *encuentro gratuito, imprevisible*, tanto para quien toca a la puerta como para quien la abre. Este don gratuito está en el corazón mismo de toda hospitalidad cristiana que incluye radicalmente a la otra, como a sí misma.
5. Una vez que se haya corrido el riesgo de la hospitalidad, cuando el primer contacto es positivo, esto, a su vez, genera un vínculo, una historia compartida, una experiencia que une, una relación que, por breve que sea, trasciende.

La inclusión radical de la hospitalidad cristiana es un proceso de conversión que nos permite transitar progresivamente de *hostis* a *hospes*, de una percepción de la otra como amenaza hacia su revelación como don, reconociéndonos *hôte*, en esa maravillosa ambigüedad de la palabra que se traduce en experiencia de reconocernos como hospederas y huéspedes a la vez, en vulnerabilidad, reciprocidad y gratuidad.

Dicho esto, pasemos ahora a considerar algunos rasgos de la hospitalidad en Jesús de Nazaret, la Palabra Divina que se encarna en la historia.

II.2 ALGUNOS RASGOS DE LA HOSPITALIDAD QUE TESTIMONIA JESÚS DE NAZARET

El filósofo francés Jacques Derrida habló de la hospitalidad condicionada por normas, a diferencia de la hospitalidad absoluta o sagrada. Esta hospitalidad sagrada es un don que nos permite recibir al/a huésped inesperada/o como presencia divina en medio nuestro. Acoger a alguien de esta manera puede cambiar la vida. Sin embargo, Derrida concluye que no es posible ejercer una hospitalidad absoluta. *Esa hospitalidad, profundamente inspirada por la ética de la hospitalidad mesiánica, es imposible*⁶

Un jesuita francés llamado Cristoph Theobald publicó un estudio crítico titulado *El Cristianismo como estilo*⁷. Ese estilo, para él, es la *hospitalidad* revelada en Jesucristo. Él, a diferencia de Derrida, piensa que es posible practicar la hospitalidad absoluta, sagrada o radical digamos, porque es una forma de vida que podemos elegir entre otras. Era el estilo de Jesús y, si Jesús nos llama a seguirle, debe ser posible para nosotras vivir también ese estilo. El autor encuentra respuestas en el estudio sobre la Trinidad de Hans Urs von Balthasar, teólogo católico suizo del siglo XX.

En la teología trinitaria, las personas divinas son mutuamente hospitalarias. El amor es una acogida recíproca que implica un movimiento de vaciamiento y entrega tanto por parte de la persona que recibe como por quien es recibida. Este es el estilo de Jesús de Nazaret.

⁶ Para Derrida la hospitalidad no es un ente, ni un objeto, ni una cosa, sino que se trata de una experiencia que apela al acto y a la intención que acontece más allá del saber. Es una experiencia intencional que desborda incluso los límites del saber y que implica en todo momento la relación con otra persona. Véase, [Dos conceptos de hospitalidad en Jacques Derrida – Migración con rostro humano \(Wordpress.com\)](#)
Véase, [la-hospitalidad-imposible.pdf \(richardm Kearney.com\)](#)

⁷ Edition in French, *Le christianisme comme style*, Ed. Cerf, 2007; traducido al español, *El Estilo de la Vida Cristiana*, Ediciones Sígueme en 2016. Ver también *Le christianisme comme style Entrer dans une manière d'habiter le monde* Christoph Theobald, Dans *Revue d'éthique et de théologie morale* 2008/HS (n°251), pages 235 -248.

Las personas existimos caminando hacia las otras. Y no sólo es caminar hacia la otra persona sino quedarse en ella, ser en ella. Esto es lo que sucede. La Trinidad, de la que somos imagen y semejanza, es la expresión más plena de la hospitalidad. Reflejamos al Padre/Madre divina, recibiéndonos mutuamente como hermanas y hermanos en Jesús, la Palabra viva.

El Espíritu, la *Ruah* divina, nos posibilita vivir cada día con actitudes y acciones de hospitalidad recíproca donde la otra es reconocida como la propia carne en su maravillosa diversidad. Siendo imagen y semejanza de la Trinidad, la humanidad frágil y vulnerable es potencialmente comunión.

La comunidad trinitaria tiene una particularidad, expresa su relación como una danza divina que mantiene la identidad de cada persona al interrelacionarse. Esta inhabitación se expresa en la reciprocidad total y mutua de las tres.⁸

Esta forma de relación trinitaria, llamada perichoresis, es una manera de entender la invitación que Dios nos dirige en Jesús, a través de la *Ruah* Divina. En nuestra diversidad nos unimos a la danza del amor más íntimo y universal de Dios, moviéndonos unas a otras/os (en otras) de tal manera que experimentamos la interconexión fundamental que nos une y enriquece. El camino de Dios es una danza incesante, en la que cada persona se vuelve continuamente hacia la otra en mutua donación.

Existimos en nosotras mismas y nuestras vidas tienen sentido en la medida en que trascendiendo, damos y recibimos el ser de las/os demás.

La Trinidad es la expresión más plena de la Inclusión Radical. La teología trinitaria, nos dice que las personas divinas son mutuamente hospitalarias. El amor es una acogida recíproca que implica un movimiento de vaciamiento y entrega tanto por parte de la persona que acoge como por parte de quien es acogida. Este es el estilo de Jesús de Nazaret.

Dios se hizo vulnerable en la encarnación. Jesús vino a nosotras como plenamente humano (cf. Flp 2, 5-8). Jesús supo lo que era ser vulnerable, ser un extraño. "El Verbo estaba en el mundo y el mundo fue hecho por medio de Él. Vino a los suyos y los suyos no le reconocieron ni le acogieron" (Jn 1, 10-11). Jesús no recibió una hospitalidad radical, sino que la ofreció. Asumió nuestra vulnerabilidad, que incluye la capacidad de ser heridas desde fuera, y nuestra fragilidad, esa parte de la condición humana que experimenta nuestro quebranto desde dentro.⁹

La *kénosis* de Jesús de Nazaret y su capacidad de aprendizaje manifiestan la simplicidad y la unidad de su ser. Su hospitalidad suscita y revela lo elemental de la vida. Asumir nuestra carne humana, hacerse uno como nosotras, es el gesto culminante de su amor por el mundo y la historia. Jesús es vulnerable como nosotras, en la espera de ser recibido, ser creído, ser alimentado, ser incluido. (cf. Ap 3,20)

El estilo de Jesús es un estilo de hospitalidad abierta e incondicional. Proclama la Buena Nueva de forma creíble y coherente. La unidad entre lo que vive interiormente y lo que dice y hace, expresa vivamente el evangelio de la libertad de una manera hospitalaria. Nuestro mundo, quizá hoy más que nunca, necesita seguidoras de Jesús coherentes y hospitalarias.

⁸ Véase, [Trinidad, camino y danza de Dios. La perijoresis \(religiondigital.org\)](http://religiondigital.org)

⁹ Véase, Cecilia Avenatti, *La Dimensión Teológica de la Hospitalidad Incondicional de Jesús de Nazareth: Santidad y Fragilidad*, en Raíces: nuestro método de Familia Grande/ 1ra. Ed- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Santa María, 2021, p.78 en: [dimension-teologica-hospitalidad.pdf \(uca.edu.ar\)](http://dimension-teologica-hospitalidad.pdf(uca.edu.ar))

A medida que nuestra conciencia se expande, somos capaces de ver y de conmovernos ante la diversidad de rostros desfigurados por la exclusión. La *Ruah* Divina, murmura suavemente en nuestro interior, recordándonos que la inclusión radical a través de la hospitalidad cristiana es una experiencia místico-profética, que nos revela a Cristo en aquellas/os que llaman a nuestras puertas esperando ser recibidas/os y reconocidas/os en su dignidad inalienable.

Jesús, en su *kénosis*, su sano desprendimiento de sí mismo y su entrega a las demás, es la garantía hecha carne de la posibilidad de una inclusión radical como respuesta a los múltiples rostros de la violencia en el mundo de hoy. La hospitalidad cristiana en el servicio y en la verdad, es una auténtica respuesta y una fuente de paz y de vida nueva.

Acerquémonos ahora a considerar algunos procesos que se van ensayando en respuesta a esas llamadas.

III. ALGUNOS ESFUERZOS ENCAMINADOS A VIVIR HOY LA HOSPITALIDAD CRISTIANA.

El estilo de hospitalidad abierta e incondicional de Jesús, nos desafía al enfrentarnos a las realidades que lo contradicen y niegan. Como discípulas de Jesús, ¿cómo podemos compartir la Buena Nueva de que toda la humanidad y todo lo que existe son manifestaciones de la gloria divina?

Vemos las aflicciones, escuchamos los clamores, conocemos las angustias que están padeciendo muchas personas, familias, sociedades, naciones enteras y queremos participar en procesos que, siendo lentos y dolorosos, permitan la transformación de tales condiciones.

Nuestro anhelo de formar parte de estos procesos es desafiante en este tiempo, cuando nuestras congregaciones y comunidades son más pequeñas y con una edad promedio cada vez mayor. Sin embargo, hay varias maneras de responder al llamado a la hospitalidad radical a la edad y las circunstancias que sean.

Yahvé le dijo a Moisés: “Veo la aflicción de mi pueblo... escucho los clamores que le arranca su opresión, y conozco sus angustias. Y estoy aquí para liberarle... y conducirlo de esa tierra de opresión a una tierra fértil y espaciosa, a una tierra de alegría y gratuidad”. (cf. Ex 3, 7-8)

Entrar en el ámbito de la hospitalidad cristiana es entrar en el misterio de elegir responder a la humanidad desfigurada de la que todas y todos formamos parte. Es una dimensión ética de nuestras vidas, una responsabilidad de la que no podemos escapar. Para las escrituras judías y cristianas, podríamos decir que es la paradoja de lo incondicional, siempre condicionado, pero posible.

Se han abierto algunos senderos y se han ensayado ciertas estrategias de las que podemos aprender. Para vivir en *modo inclusión radical* al estilo de Jesús, quizás nos pueda iluminar un intencional proceso de discernimiento orante en nuestras comunidades, para juntas situarnos frente a realidades emergentes que gimen por reconocimiento de su plena dignidad.

Nuestras espiritualidades, nuestras relaciones interpersonales, nuestros espacios comunitarios de encuentro entre nosotras y con quienes nos rodean, nos revelan las inspiraciones de la *Ruah* Divina. Son mediaciones que estamos llamadas a recrear y compartir. Tienen un potencial maravilloso y sagrado. Son un tesoro de los que nos habla el Evangelio de Mateo cuando nos dice: *Así, toda líder instruida en la Buena Nueva del Reino es como una ama de casa que saca de entre sus tesoros lo nuevo y lo viejo* (cf. Mt 13,52).

A propósito de los tesoros de ayer y de hoy, en este proceso...

CONCLUYO CON UNA MIRADA A MI EXPERIENCIA COMUNITARIA EN EL CAMINAR DE 32 AÑOS EN UN MONASTERIO INSERTO EN UN BARRIO SUBURBANO POPULAR

Algo que me ha marcado desde mis primeros años en nuestro servicio a favor de la dignificación de las mujeres, sobre todo las más necesitadas, han sido los procesos de transformación que constatan en sus vidas. Algo sucede en ellas cuando son incluidas en diversidad de espacios litúrgicos tanto en el monasterio como en el centro comunitario. Son lectoras y comentadoras de la Palabra. Participan en celebraciones especiales llamadas "Ágape". Dialogamos sobre la realidad que nos rodea, y los problemas a los que nos enfrentamos en la Iglesia y en la sociedad Poco a poco se muestran dispuestas y capaces de tocar y compartir sus sentimientos e intuiciones interiores. Al contar sus historias, a menudo dolorosas y traumáticas, entran en procesos de sanación y empiezan a profundizar en la conciencia de su propia dignidad y la de las y los demás. Desde ahí responden a la invitación de traducir su nueva sabiduría en acciones liberadoras tanto en sus hogares como en la Iglesia y en la sociedad.

En muchas de ellas hay una gran sensibilidad y deseo de profundizar su experiencia de Dios. Es asombroso como abrazan y proponen imágenes divinas, que incluyen tanto lo femenino como la esplendorosa diversidad en que Dios, a su imagen, ha creado a la humanidad. De la misma manera reconocen y agradecen el don de la casa común que ha sido confiada a su cuidado, incluso esa pequeña parcela de tierra donde viven en un clima semidesértico, es un tesoro para ellas.

Comprenden que, por la generosidad sin límites de Dios, las personas hemos recibido todo lo que necesitamos para vivir con dignidad. La inequidad en la distribución de los recursos naturales viene del mal uso que los seres humanos hacen de los dones de Dios.

Abrir casas, capillas y brazos acogedores, a personas que no se sienten bien recibidas en otros espacios eclesiales, que son extrañas a nuestro barrio, que muchos consideran peligroso, o a quienes se han alejado y ahora vuelven, son también experiencias transformadoras. Para mi comunidad, han sido encuentros en los que hemos acogido y hemos sido acogidas por otras y otros, cuando reconocemos a cada una de esas personas y honramos su dignidad. Al unirnos en la oración, en una sencilla conversación o en la mesa, en el amor, la verdad y la libertad de las hijas y los hijos de Dios, renovamos nuestra conciencia y nuestra identidad en Cristo. Como verdaderas hermanas y hermanos, saboreamos los frutos de la escucha de la Palabra y de su puesta en práctica. En ese ambiente algo nuevo, diferente, se anuncia y toma forma.

Y termino con una sencilla experiencia vivida comunitariamente hace un par de meses

Fue un día en el que por fin encontraba un espacio para trabajar en la presentación para esta reunión con ustedes. Estaba esperando un espacio así. Entonces, hacia el mediodía, sonó el teléfono.

Lucía, una mujer que conocíamos desde que llegamos a Torreón hace 32 años, estaba de vuelta en la ciudad, con un amigo, su pareja, y quería venir a visitarnos. Debo admitir que suspiré con algo de frustración... pero me recuperé y les invité a nuestra comida principal del día a la 1:30.

Permítanme que les hable un poco de Lucía. Hace 30 años ella era una joven enojada con su entorno, proveniente de una familia fuertemente afectada por el alcoholismo, la pobreza y la violencia. En algún momento pensó en la vida religiosa, pero su frustración con todas las instituciones y su actitud muy crítica hacia casi todo, le impidieron seguir ese camino.

A lo largo de los años, pasaba a menudo por nuestro monasterio porque tenía miedo, o estaba enfadada o tenía hambre o estaba exhausta, y necesitaba un lugar seguro para hablar, comer algo, rezar o tomar una siesta. Sin embargo, no escapábamos a sus críticas, a menudo mordaces.

Lucía se mudó de la ciudad hace muchos años, sobre todo para alejarse de su familia. Y hoy estaba en estas tierras y quería pasar a visitarnos.

Su amigo-pareja Pedro, era educado, pero estaba nervioso cuando nos presentamos y empezamos la conversación en la mesa. Pero a medida que avanzaba la comida, no perdía el tiempo hablando de fútbol o del clima y llegó un momento en que empezó a compartirnos sobre sí mismo. Quería contarnos su historia, otra historia de violencia, pobreza y alcoholismo.

Cuando conoció a Lucía, ella no estaba interesada en una relación, porque él bebía demasiado. Así que acudió a AA y continuó cortejándola. Llevan juntos varios años y con sus altas y bajas han permanecido fieles a sus valores mutuos. No comparten los ideales de la sociedad de mercado, Pedro se gana la vida coordinando un grupo musical y Lucía confecciona y distribuye artesanía. Cuando él no encuentra trabajo como músico, colabora con ella junto con otras personas que comparten sus ideales.

A medida que avanzábamos en la comida, su sencillez y alegría se volvían contagiosas. Antes de despedirles se nos hizo natural invitarles a nuestra pequeña capilla para una bendición. Mientras les bendecíamos, se enternecieron y sus ojos se llenaron de lágrimas. Parecía que hacía mucho tiempo que no se sentían acogidos en la Iglesia.

Al despedirnos intercambiamos pequeños obsequios y afectuosos abrazos mexicanos. Mis hermanas y yo agradecemos ese encuentro. Lo que había empezado como una molesta interrupción en nuestro ajetreado día, se había convertido en un encuentro de gracia que nos había conmovido profundamente.

Y, recordé, las palabras de Nuria Martínez Gayol¹⁰, que nos describe cómo se va vislumbrando ser esperanza para otras y otros. Cómo sostener la esperanza que naufraga en nuestro tiempo. Y es que, el fundamento último de la esperanza cristiana, dice ella, es que Dios tiene esperanza en nosotras. Dios tiene fe en el mundo que es obra de su amor y por amor se sostiene y se recrea. Dios espera en la humanidad porque la ha creado a su imagen y semejanza, porque ha sido la obra más apreciada de su

¹⁰ Véase, Nuria Martínez-Gayol, La Pequeña Esperanza, Cuadernos Frontera Hegian, Ed. Instituto Teológico de Vida Religiosa, (Vitoria-Gasteiz).

creación y porque nos ama incondicional y gratuitamente y nos ha dado el don de reconocernos y amarnos de esa misma manera.